

Además, la población de las ciudades y de los territorios realistas no podían ya soportar el alto costo de la guerra en impuestos, préstamos forzosos, y la falta de mano de obra en los campos, minas e industrias. Con la reintroducción de la Constitución española en 1820, casi todas las comunidades de la Nueva España desmovilizaron sus milicias urbanas y rurales. Aun sin Iturbide y el Plan de Iguala, la guerra no podía continuar.

En este estudio, el autor identifica transformaciones socio-económicas en la Nueva España que distinguen este movimiento de otras guerras de emancipación en Hispanoamérica. Aunque se trata de una distinción importante, es una lástima que el autor desatienda las obras recientes de muchos investigadores importantes como Timothy Anna, Virginia Guedea, Brian Hamnett, Carlos Herrejón, Jaime Rodríguez, John Tutino, Eric Van Young y otros. Con más bibliografía, que incluyera las nuevas investigaciones de esta generación de historiadores del periodo de independencia mexicana, el libro de Ernesto de la Torre hubiera avanzado más allá de una interpretación tradicional. Después de 11 años de guerra civil y revolución social, en 1821 México ganó la independencia como un Estado fragmentado por satrapías regionales y jefes que lucraban del desorden. Con la destrucción acarreada por la guerra y una generación arrancada de sus ocupaciones y casas, la nación miraba hacia un futuro difícil. En su conclusión, De la Torre expresa esta realidad que la guerra había transformado la colonia y la sociedad novohispana desde sus raíces.

Christon I. ARCHER  
*The University of Calgary*

Ricardo RENDÓN GARCINI: *El prosperato. El juego de equilibrios de un gobierno estatal (Tlaxcala de 1885 a 1911)*. México: Universidad Iberoamericana-Siglo Veintiuno Editores, 1993, 288 pp. ISBN 968-23-1891-2.

La primera parte del título de este libro, *El prosperato. El juego de equilibrios de un gobierno estatal. . .*, es un título para iniciados. La segunda parte no, ya que el autor tuvo el buen cuidado de ser preciso e indicar qué estado y qué periodo cubre su trabajo. Es un título para iniciados porque a muchos les resultará ajena esa denominación de prosperato, que a lo sumo remite a la de por-

firiato. Ahora que, si bien la semejanza de los términos pueda sugerir alguna semejanza en los temas, en todo caso, se sabe quién fue don Porfirio, pero ¿quién fue ese tal don Próspero, que da origen a la denominación? La segunda parte del título —ya lo decía— lo aclara: alguien que gobernó Tlaxcala durante un periodo muy cercano al que cubrió don Porfirio en la presidencia de la República, 1885-1911.

Sin embargo, más que aplicar una expresión acuñada para la historia nacional al caso particular de Tlaxcala, este título es una toma de posición. En sentido estricto, hace referencia al tiempo histórico; alude al periodo presidido por un personaje con específica referencia a su estilo de gobernar. Por eso, podemos preguntarnos ¿podría el control ejercido por Díaz, en ese mismo momento, dejar margen para que un gobernador alcanzara en su entidad los tamaños logrados por él en el nivel nacional?

El título mismo da a conocer el punto de vista del autor, pero Rendón aclara todavía más su posición al respecto. Daniel Cosío Villegas, en su importante trabajo titulado *Historia Moderna de México*, denominó “porfiritos” a aquellos gobernadores que se plegaron fiel y lealmente a sus designios. Por su parte, Raymond Buve acuñó un mexicanísimo “prosperato” para enfatizar las particularidades de la administración tlaxcalteca durante el porfiriato. El autor intenta amalgamar ambas interpretaciones.

En realidad, para reflejar la opinión de Rendón, tal vez el libro debió llamarse algo así como “El prosperato, un porfirito en el gobierno de Tlaxcala (1885-1911)”, porque el autor asienta: “A semejanza de la situación nacional, esta entidad estuvo dominada muchos años por la omnipresencia y omnipotencia paternalista de su gobernador, pero éste no tuvo que imitar todas las pautas del presidente Díaz, pues algunas ya las conocía por propia experiencia, como la milicia y la vida campesina de los pueblos. De cualquier manera, pienso que ambos términos (*porfiritos* y *prosperato*) no son excluyentes sino complementarios, ya que reflejan tanto las similitudes (las más) como las diferencias (las menos) que existieron entre las políticas de Díaz y de Cahuantzi” (p. 47).

En su nombre, el gobernador tlaxcalteca llevaba el designio de la ventura, porque ¿qué mejores augurios que llamarse Próspero en esta época en que sólo la prosperidad podía ser resultado del progreso ofrecido a cambio del orden? ¿Qué mejores auspicios podría haber para un pueblo que ser gober-

nado por un hombre que en su propio nombre aludía al mejoramiento? Así, podremos ver en el libro de Rendón que precisamente don Próspero Cahuantzi fue el hombre que llenó la era porfirista en Tlaxcala, ya que los otros gobernadores que lo precedieron en su mandato en esa época “no dejaron ninguna huella digna de importancia” (p. 45).

Trataré de ofrecer una idea del contenido de este trabajo, aunque estoy segura de que de ninguna manera podré dar cuenta cabal de su riqueza en información y matices. El libro de Rendón se encuentra dividido en nueve capítulos, una introducción y un epílogo, “el epílogo de los conflictos”. Sin embargo, la secuencia del orden capitular, oculta una estructura más compleja que beneficia al lector porque facilita, paradójicamente, la comprensión de fenómenos y procesos de suyo intrincados. Por eso, quisiera hacer notar que la sucesión de los capítulos no corresponde a ninguna de las dos formas tradicionales de ordenar un trabajo histórico: no se atiende en cada uno de ellos un periodo determinado, ordenado cronológicamente, ni tampoco se van desarrollando temas de manera aislada y sucesiva.

¿Qué hizo entonces el autor? Trataré de explicarlo. Encuentro en el libro de Ricardo Rendón cuatro partes, que él no señala. La primera, desarrollada en el capítulo 1, muestra un episodio de la historia tlaxcalteca que, sin lugar a dudas, para el autor es toral en el proceso que intenta explicar, porque en él se expresan las contradicciones del periodo: el movimiento de los pequeños propietarios encabezado por Andrés García e Isidro Ortiz. Con este movimiento se protestaba por el decreto del gobernador del estado, de mayo de 1897, que no sólo incrementaba en 33% el impuesto predial de las pequeñas propiedades, sino que además gravaba otras pequeñas, pequeñísimas que hasta ese momento no se habían registrado en los catastros por su poco valor. Como los males no vienen solos, este decreto se acompañó de otra medida: el reavalúo de las propiedades, sin duda, porque se consideraba que éstas habían incrementado su valor. La protesta ante estas medidas, que desbordó los cauces legales para convertirse en motín, culminó con el asesinato, en febrero de 1905, de uno de los líderes —Andrés García, quien, por cierto, si a alguien le asalta la duda, no era indígena.

Este primer cuadro, permite al autor entrar de lleno a la problemática particular del estado de Tlaxcala y presentarnos algu-

nas de sus hipótesis sobre el gobierno cahuantzista. El motín de García muestra —la elección del suceso no es casual, es resultado de largas investigaciones y una detenida reflexión— la paradoja del momento: la permanencia de relaciones tradicionales entre la población y las autoridades —que el autor llama vínculo economía-moral, siguiendo a autores extranjeros muy importantes como Edward Thompson y Eric Wolf—, que se oponían a los intentos modernizadores gubernamentales que sólo podían apoyarse en los recursos del erario, obtenidos a través de los impuestos.

Esta categoría de economía-moral que Rendón aplica rigurosamente y con éxito para este periodo de 1885-1911 de la historia tlaxcalteca, resume la obligación de tipo moral que se establece entre el gobernante y sus gobernados, en la que aquél tiene el compromiso de garantizar la protección y medios de subsistencia a las clases menesterosas —según expresión de la época—, o a las clases bajas o marginales, en términos contemporáneos. Estos grupos, a cambio, correspondían con el pago de impuestos y ciertos servicios y actitudes, particularmente la lealtad, pero también el reconocimiento y la gratitud y, creo, la obediencia, y exigían que esta costumbre, que no es otra cosa que el paternalismo —en mi opinión, una expresión más feliz que la de economía-moral—, permaneciera.

El descontento de los que se oponían a las medidas gubernamentales —léase incremento de pagos al fisco— porque éstas constituían una seria amenaza de pauperización, decepcionó a don Próspero. Además, su dureza al castigar a los inconformes rompió la imagen de un gobernador paternalista, aunque Cahuantzi mantuviera este vínculo en muchas otras áreas de gobierno.

La segunda parte del trabajo la integran los dos siguientes capítulos. El propio Rendón reconoce, en el inicio de uno de ellos, que se propone “ir destejiendo la trama del conflicto” que nos ha presentado. Así, siguiendo el ejemplo del autor, no puedo resistir la tentación —sobre todo por tratarse de Tlaxcala, una entidad textilera—, de emplear algo de la jerga de esta actividad porque me viene bien para explicar aquello de la complejidad de la estructura a la que aludí antes.

En este trabajo el historiador aparece como el tejedor que observa el tejido y lo desteje para percatarse de cómo fue confeccionado, para más tarde, a su vez, reconstruirlo. Esta reconstrucción se ve enriquecida por la creatividad del propio tejedor,

que aporta lo que de peculiar puede tener su labor, en este caso artesanal, afortunadamente, aunque emplee los más sofisticados recursos modernos como lo hace Rendón, quien no olvida —como buen historiador— confrontar las teorías novedosas y la información más actualizada con el resultado de la propia investigación, como tampoco se olvida de someter a la más severa crítica los lugares comunes, los saberes que por conocidos, muchas veces se aceptan sin reparos. Frente a las diferentes formas de trabajar, tradicionales o modernas, Ricardo mantiene “su estilo”, que le permite regalarnos un producto de gran calidad.

La primera parte del libro, es la muestra de la tela que nos permite apreciar la complejidad de su elaboración. La segunda parte, en cambio, nos hace evidente su urdimbre: son esos hilos los que el tejedor coloca de manera paralela en el telar para realizar su labor. Los hilos sobre los que Rendón trabajará a lo largo de su libro y que nos presenta en estos dos capítulos son: el propio gobernador, el coronel don Próspero Cahuantzi y los entornos físico y humano de Tlaxcala.

Es decir, el autor señala con todo detalle cuáles eran las características geográficas del estado y las posibilidades físicas y aun administrativas para el desarrollo y bienestar de sus pobladores. Asimismo, nos expone cuál fue el crecimiento de la población y cómo se distribuyó y cuál el número y ubicación de los núcleos poblacionales. Paralelamente a la descripción y al análisis cuidadoso de estos elementos, Rendón presenta una biografía del gobernante que articula tanto los datos de orden personal como los relativos a su ejercicio, como la máxima autoridad de la entidad, y aquellos datos que nos permiten apreciar su vínculo con Porfirio Díaz.

Una vez que la urdimbre ya se ha fijado, en la tercera parte, es decir, los capítulos 4 al 9, el autor va tejiendo la trama, va cruzando y enlazando los nuevos hilos con los ya urdidos para perfeccionar su labor. Los hilos de la trama son numerosos: el análisis de la tenencia de la tierra y su valor, así como del fraccionamiento de las fincas y la formación de sociedades agrícolas por parte de los vecinos o grupos de vecinos de los pueblos, y la atención a lo relacionado con las propiedades comunales; también el estudio de los conflictos suscitados por la distribución de los recursos naturales —tierras, aguas, bosques— entre los diferentes sectores de la sociedad agraria y la salida que les dio la autoridad. Asimismo, podemos apreciar que el autor-tejedor emplea otros cabos no menos importantes, como aquellos que

se refieren a los enfrentamientos entre los diferentes grupos y la autoridad, generados, en particular, por evadir el pago de impuestos, ya que se había establecido una gravosa y variada red impositiva, y por las características del servicio militar obligatorio que se prestaban a toda clase de atentados y vejaciones, o los referentes a los acuerdos y diferencias con los grandes propietarios.

Entre los primeros, destaca que éstos obtuvieron del gobernador y éste del presidente, que en el estado no se procediera al dislímde de terrenos, al considerarse, en 1891, que no existían “baldíos, ni demasías, ni huecos”, al presentarse y considerarse legítimas las composiciones realizadas en 1643, 1696 y 1758 (p. 172). Entre los desacuerdos de la oligarquía y la autoridad, sobresalen el referido a los gravámenes al pulque —producto doblemente gravado— y a las maderas, y los suscitados por la protección paternalista que Cahuantzi otorgaba a los trabajadores de las haciendas cuando éstos eran maltratados.

Un filamento más de suma importancia, al que recurre el autor, es el de la producción y los precios durante este periodo de los cuatro productos sobresalientes en la entidad por su monto: maíz, trigo, pulque y cebada, que reflejan la fragilidad de la agricultura en el estado, y su inestabilidad y precariedad, pues dependía de las temperaturas extremosas de la entidad, las pocas tierras fértiles, los muchos terrenos accidentados y erosionados, las lluvias irregulares, la escasez del agua, la frecuencia de las heladas y granizadas y las epizootias imprevisibles.

Datos, cuentas y cuadros elaborados por Rendón nos permiten apreciar que durante el prosperato no se redujo el salario real de los peones de las haciendas, pero tampoco mejoró, y que no hubo un estado de hambre generalizado y menos de manera permanente, pues las crisis en la producción agrícola —cuando las hubo— se vieron paliadas por las medidas del gobierno para garantizar el abasto de las clases proletarias y “aliviar en algo sus sufrimientos”, evitando así el peligro de una hambruna.

No existen evidencias de que los pleitos por la posesión y uso de los recursos naturales se hayan incrementado durante este periodo, ni de que las grandes propiedades los hayan acaparado en perjuicio de los pueblos. Así que no puede sostenerse que este tipo de conflictos pudiera provocar un descontento generalizado en la población campesina que la llevara a tomar las armas. Tampoco puede afirmarse —después de leer a Rendón— que Cahuantzi hubiera favorecido, de manera constante, a algún grupo en particular. Su base de poder se asentaba tanto

en los grandes como en los pequeños propietarios y en los pueblos y, para lograrlo, el gobernador desarrollaba “un delicado juego de equilibrios”.

El estudio pormenorizado de todo tipo de pugnas permite a Rendón sostener que en estas situaciones se desarrollaron vínculos de tipo económico-morales entre la autoridad y la población en su conjunto. Por eso, “la escasez de alimentos no rompió la paz pública, dado que se evitó la agudización de los conflictos. Sin embargo, la actitud paternalista y protectora del gobierno no fue permanente ni extensiva a todas las áreas de la administración pública”. Otros factores, como los impuestos, mellaron cada vez más esa relación económico-moral, hasta llegar a romperla (p. 47).

La última hebra que Rendón emplea para dar por concluida su trama es la que se refiere a las medidas adoptadas por el gobierno estatal para modernizar la hacienda pública, el único elemento que podía permitir la modernización de la entidad. Por eso, el autor se ocupa de los ingresos y egresos del erario, y nos permite apreciar hacia qué rubros se destinaron los recursos de éste, fundamentalmente: educación, salud pública, obras materiales y milicia. Por su importancia, y porque desvanece viejos prejuicios sobre la atención que durante esta etapa se dio a las demandas sociales, no podemos dejar de mencionar algunas de las conclusiones de Rendón.

Durante estos 22 años, el presupuesto para educación casi se duplicó, y representó, primero, 28% del presupuesto total y, al finalizar, sólo 19. En cambio, el de salud pública se cuatriplicó, si bien sólo representó inicialmente 3% de los egresos y después, 5. Para Cahuantzi, como para la mayor parte de la élite porfiriana, el progreso se demostraba de manera particular a través de las obras materiales, motivo por el cual este rubro casi se quintuplicó a lo largo de su gobierno, para absorber 9% del presupuesto total. Si bien, consideradas como imprescindibles, las fuerzas armadas vieron reducido el monto de las cantidades para su sostenimiento, pues aunque el presupuesto se duplicó a lo largo de la administración cahuantzista, de 18% que representaba inicialmente en el presupuesto, bajó a 13 por ciento.

Con el incremento de los ingresos, a través de numerosos impuestos, el gobierno pudo mostrarse orgulloso por las obras que emprendía y los servicios que prestaba en aras de alcanzar el anhelado progreso.

De esta manera, trama y urdimbre hábilmente tejidas dan paso a la cuarta y última parte del libro, que nos permite apreciar la tela concluida y en su conjunto. En el epílogo, que alude a la renuncia de Próspero Cahuantzi, presentada cinco días después que la de Díaz, se nos expone con claridad y retomando las conclusiones vertidas a lo largo del libro, la explicación que Rendón tiene sobre el estallamiento revolucionario. Así, nos hace notar que la hacienda pública cahuantzista fue una espada de doble filo en el proceso de modernización, que si bien permitía atender algunas necesidades de la población y realizar obras que permitían sostener una imagen de prosperidad, al mismo tiempo provocó el descontento por el rigor de sus exacciones. Afirma Rendón: "No fue un impuesto en particular, ni siquiera el del predial, lo que pudo haber provocado el descontento popular, vertido más tarde en rebelión, sino la acumulación de todos ellos aunada, entre otras cosas, a una frágil y modesta agricultura de donde salían los recursos de la mayor parte de la población. Una población de corte tradicional que no estaba dispuesta a pagar el precio de una modernidad forzada, pues ésta parecía poner en serio peligro su subsistencia al dismantelar, de manera paulatina, la protección paternalista a la que se sentía con derecho por razones consuetudinarias. En ello percibía el meollo de la injusticia y la legitimación de la rebeldía" (p. 47).

Esta particular identidad de la protesta campesina en Tlaxcala permite al autor, asimismo, adelantar una explicación para la autonomía del movimiento revolucionario en el estado, que deambuló entre el maderismo, el zapatismo, el constitucionalismo y la oposición a estas vertientes, sin llegar a identificarse plenamente con ninguna propuesta revolucionaria, pues "parecía que trataba en vano de encontrar su propio camino y la solución de sus problemas particulares".

Para resumir e invitar a que se realice una lectura concienzuda de este libro de Rendón —que ya nos tiene acostumbrados en otras obras a su trabajo serio y riguroso—, sólo resta insistir en que se trata de un estudio histórico de excepcional calidad, novedoso no sólo por su estructura sino también por sus conclusiones, que echan abajo el esquematismo y las consideraciones simplistas en torno al proceso que relata.

Pero además de todo esto, *El prosperato* . . . es un libro ameno, no obstante las dificultades y aridez de los temas —agrarios, económicos y cuantitativos—, que permite —al que no gusta de enterarse de todos los detalles— sólo leer las conclusiones, por-



que el autor, con gran acierto, nos las va ofreciendo al final de cada capítulo, y ellas nos permiten una comprensión más cabal de los asuntos.

*El prosperato*. . . es una historia local, perfectamente enmarcada en el contexto del porfiriato, que no abusa de las referencias nacionales, que solamente acude a las necesarias, que —aunque no sea exhaustiva, pues no aborda sistemáticamente las problemáticas indígena y obrera, ni la de las fábricas textiles— muestra las peculiaridades del proceso histórico de Tlaxcala, pero sobre todo, las explica.

Por su manufactura, es un libro excelente; se emplearon las mejores materias primas en su confección: amplia documentación, trabajo arduo y concienzudo e inteligencia crítica y creativa.

Josefina MACGREGOR

*Universidad Nacional Autónoma de México*

David J. WEBER: *The Spanish Frontier in North America*. New Haven: Yale University Press, 1992, 579 pp. ISBN 0-300-05198-0.

Tocó en suerte a Mesoamérica primero, a la Nueva España después y finalmente a México ser fronteras culturales en Norteamérica. La frontera política fue siempre imprecisa hasta los eventos traumáticos de 1846-1853, en que pareció convertirse en una línea que separaba formas de ser. Esos sucesos hicieron que se considerara a la línea divisoria como fuente de invasiones y de peligro. A pesar del etnocentrismo o del racismo que todavía se expresa en los proyectos para construir murallas inexpugnables, para fines del siglo XX las fronteras empiezan a adquirir la dimensión que les concede Weber como “zonas de interacción entre dos culturas diferentes”. Weber, con razón, otorga un gran papel al medio geográfico, que influye en la forma en que se desarrollan los encuentros pacíficos o violentos. En el periodo que elige el autor encuentra que el medio le da un tono especial al choque de culturas del invasor y del invadido, que “produce una dinámica que es única a un tiempo y lugar”.

En su excelente libro *The Spanish Frontier in North America*, Weber nos ofrece la historia de esa interacción que se produjo en el espacio del suroeste norteamericano desde la expedición